

Nuevas Antígonas: las parresiastas.

Sobre “Historias desobedientes y con faltas de ortografía”

Laura Raso¹

1. Los sentidos del pasado y sus actores.

A poco más de cuarenta y un años del inicio de la dictadura cívico-militar religiosa que instaurara el terrorismo de estado en Argentina, hemos ido asistiendo a la construcción discursiva de diferentes actores sociales vinculados a esa época nefasta de nuestro país.

Como señala Jelin:

Escenarios cambiantes, actores que se renuevan o persisten, temas hablados o silenciados dan a las memorias su aspecto dinámico. Los sentidos del pasado y su memoria se convierten, entonces, en el objeto mismo de luchas sociales y políticas. (Jelin, 2017: 11)

En efecto, así como en plena dictadura, las madres de Plaza de Mayo inauguraron una manera de denuncia hasta entonces inédita, los diferentes procesos sociales y discursivos que atravesó nuestro país en las décadas posteriores dieron lugar a la visibilización de palabras² antes silenciadas, ya sea por imperativos externos (¿quién

¹ Universidad Nacional de San Juan lauraraso@hotmail.com

² Decimos “palabra” en el sentido que la utiliza Rancière en *El reparto de lo sensible*: “Un reparto de lo sensible fija, entonces, al mismo tiempo, un común repartido y partes exclusivas. Esta repartición de partes y lugares se funda en un reparto de espacios, de tiempos y de formas de actividad que determina la manera misma en que un común se ofrece a la participación y donde los unos y los otros tienen parte en ese reparto. El ciudadano, dice Aristóteles, es aquel que *tiene parte* en el hecho de gobernar y ser gobernado. Pero otra forma de reparto precede a este tener parte: aquel que determina a los que tienen parte en él. El animal hablante, dice Aristóteles, es un animal político. Pero el esclavo, si es que comprende el lenguaje, no lo ‘posee’. Los artesanos, dice Platón, no pueden ocuparse de cosas comunes porque *no tienen el tiempo* de dedicarse a otra cosa que su trabajo. El reparto de lo sensible hace ver quién puede tener parte en lo común en función de lo que hace, del tiempo y el espacio en los cuales esa actividad se ejerce. Tener tal o cual ‘ocupación’ define competencias o incompetencias respecto a lo común. Eso define el hecho de ser o no visible en un espacio común, dotado de una palabra común, etc. (...). Es un recorte de tiempos de espacios, de lo visible y de lo invisible, de la palabra y del ruido que define a la vez el lugar y la problemática de la política como forma de experiencia. La política trata de lo que vemos y de lo que podemos decir al respecto, sobre quién tiene la competencia para ver y la cualidad para decir, sobre las propiedades de los espacios y los posibles del tiempo”. (Cfr. Rancière, 2009: 19-20)

habla?, ¿dónde o frente a quiénes?, ¿quién ampara esa palabra y quién no puede o no quiere escucharla?), o por pactos de silencio que impedían convertir en público lo que se consideraba privado, personal, íntimo.

Siguiendo a Bajtin, creemos que la escritura de y sobre la postdictadura refracta las condiciones de producción de cada cambio discursivo³. De este modo, sobrevivientes (a través del género testimonial), “arrepentidos” o reivindicadores de lo que ellos dieron en llamar “Proceso de Reorganización Nacional”, Madres, Abuelas, Hijos y nietos de desaparecidos han sido protagonistas de una narrativa prolífica en las últimas décadas.

Nuestra propuesta intenta acercarse a nuevas protagonistas que han tomado la palabra para contar el terror desde un lugar no esperado: el de las hijas de represores, palabra colectiva que comenzó a gestarse luego del vergonzante fallo de la Corte Suprema que permitía la liberación de un genocida a través de la atenuación de pena conocida como “2x1”, y que salió a la calle con el nombre de “Historias desobedientes” en la manifestación llevada a cabo por #niunamenos⁴.

Dice Silvia Schwarzböck en *Los espantos. Estética y postdictadura*: “A partir de esta exigencia [*aparición con vida y castigo a los culpables*], que se prolonga en la democracia, la familia (...) es lo contrario del Estado. La familia postdictatorial es, por antonomasia, la familia antidictatorial: la familia en clave de Antígona” (2016: 64).

Gracias a esta sugerente intertextualidad, nos planteamos algunos interrogantes: ¿Cómo luchan estas nuevas Antígonas si el enemigo no es solo el Estado despiadado, sino que es, al mismo tiempo, parte de los lazos de sangre que deben “respetarse”?, ¿Bajo qué miradas pueden leerse las confesiones de estas hijas “desobedientes”? ¿Son “parresiasistas” (Foucault)- “parricidas”?

³ En el libro *Interpelaciones: hacia una teoría crítica de las escrituras sobre la dictadura y la memoria* (2010), Arán analiza los modos en que la literatura argentina asume la tarea de decir los horrores de la última dictadura. Advierte, analizando un amplio corpus, que pueden leerse las condiciones de producción de cada época a través de la manera en que la escritura insiste en volver a mirar el pasado. La metáfora de la “refracción” de la realidad que retoma Arán en este libro, es utilizada por Bajtin para leer el modo en el que la literatura, como objeto artístico autónomo, arrastra el discurso social del cual ésta es una esfera más.

⁴ “Volviendo a *Historias Desobedientes* y para precisar más datos, nuestra primera marcha como colectivo, fue el día 3 de junio en la movilización de Ni una menos, ya que también tenemos una posición de mucho compromiso tomada contra el machismo que es la ideología insigne del sistema capitalista, que genera todo tipo de violencias, muy especialmente contra los cuerpos de las mujeres”, aclara Liliana Furió-hija del ex teniente Paulino Furió cumple prisión domiciliaria condenado a perpetuidad en 2013 por delitos de lesa humanidad en la provincia de Mendoza- en la página de Facebook “Historias desobedientes y con faltas de ortografía” en una nota publicada el 18 de septiembre de este año. Leer la nota completa en:

<https://www.facebook.com/historiasdesobedientes/posts/1519379434785318>

Creemos que, a partir de estas historias, estamos asistiendo a un nuevo modo de repensar el pasado, a escrituras que resisten al actual discurso hegemónico que busca el olvido y la forzada “conciliación”.

2. Las parricidas

Jelin habla de “heridas de la memoria”, vivencias pasadas que reaparecen en momentos posteriores, situaciones en que la represión y la disociación provocan interrupciones, quiebres y huecos traumáticos en la capacidad narrativa (Cfr. Jelin, 2017:16). Esas heridas no solo responden a acciones represivas sobre el sujeto, sino a los traumas que ocuyen u “olvidan” los recuerdos dolorosos.

El silencio sería así una especie de estrategia de amnesia voluntaria, silencio que deviene palabra cuando algún acontecimiento (histórico-social o individual) impele a hablar.

Las condiciones de producción en las que “explotan” las historias de las hijas de genocidas (Historias desobedientes, etc, etc) responden no solo a una situación concreta: -el masivo rechazo de la población y de varios sectores políticos argentinos a la condonación de los años de prisión a los genocidas de la última dictadura, sanción conocida como “2x1”, avalada por la Corte Suprema de la Nación-, sino también a un largo proceso de políticas de la memoria que en la década pasada anularon las leyes de indulto y amnistía. Es decir, no pueden pensarse estas “confesiones” sin tener en cuenta las anteriores luchas por la memoria, verdad y justicia que comienzan con aquellas “locas de Plaza de Mayo” y la construcción laboriosa de un consenso social que, en mayor o menor medida, sigue repudiando las atrocidades de la dictadura. Esto es así porque las posibilidades de hablar y escuchar varían a lo largo del tiempo y dependen de los discursos fluctuantes que se construyen en torno a los significados de “Memoria, verdad y Justicia”

Ahora bien: la noción de familia occidental y los mandatos que elabora esta institución instalaron durante mucho tiempo un muro para aquellas que, de un modo diferente⁵, también fueron víctimas solapadas del terrorismo de estado. ¿Qué puede decir una hija contra su padre sin violar el mandato familiar?, ¿es posible no hacerlo sin

⁵ De ningún modo este trabajo pretende homologar las experiencias de los hijos de desaparecidos con estas historias en una suerte de “recuperación discursiva” de la teoría de los dos demonios, teoría que parece resurgir en las recientes declaraciones de la Ministra de Seguridad Patricia Bullrich en un programa televisivo: “los ángeles no fueron tan ángeles ni los demonios tan demonios”.

traicionarse a uno mismo?, ¿qué “verdad” puede sostener desde esa posición impensada?, ¿qué riesgo corre la que viola el secreto?⁶

Romper el mandato, en el caso de estas mujeres, implica, desde nuestro criterio, dos cosas: por un lado, cometer un parricidio simbólico borrando el Nombre del Padre⁷, y por el otro, apropiarse de la palabra, alterar el orden del discurso, instalarse en el lugar del logos, razón y palabra, lugares que en la historia del pensamiento occidental, han sido atributos asociados al falo⁸ (Cfr. Simón, 1995).

Parece significativo, entonces, que sean las mujeres quienes tomen la palabra: como en un círculo amoroso que no cesa de crear nuevos lazos, la impronta de aquellas mujeres que con sus pañuelos blancos visibilizaron las desapariciones durante la última dictadura, se renueva en estas mujeres que violan el mandato patriarcal y denuncian/renuncian a sus padres genocidas. La vinculación entre mujeres y “verdad”, para Liliana Furió es que:

(...) si hay guardianes y carceleros de las mujeres para que siga existiendo la misoginia y el machismo horroroso que hay, son la Iglesia y el Ejército. Son instituciones concebidas desde esa lógica. Y si ha habido cuerpos que han sido objeto de los peores vejámenes, de la apropiación de los frutos de esos cuerpos, han sido mujeres. Entonces claramente que tiene que ver con un proceso colectivo de

⁶ Hablamos en femenino porque, con excepciones, quienes aparecen portando la palabra en contra de sus padres genocidas, son mayormente mujeres.

⁷ Según señala Alejandra Loray, “la función del padre, separado éste de la procreación en tanto genitor y de su presencia en el medio ambiente familiar es normativa. Normativiza, inscribiendo en el sujeto la norma, por lo cual representa en el Otro al Otro de la ley, ley fundante de prohibición del incesto, que determinará la estructura subjetiva”. Sin profundizar en la teoría psicoanalítica –propósito que excede a este trabajo y a nuestra formación–, es interesante recordar que Lacan elabora la noción de “metáfora paterna”, produciendo el primer movimiento sobre Freud respecto al padre, que consiste en formalizar el Complejo de Edipo, aplicando la lógica del significante al padre freudiano, produciendo de este modo el pasaje del padre a su nombre. Esto implica cierta depreciación pues el padre se convierte en un significante. Por lo tanto, el nombre del Padre (o los nombres del Padre como lo (re) denominará más de diez años después) no implica necesariamente lo masculino, sino la función cumplida por quien introduce la Ley. (Cfr. Loray, Alejandra). En el caso de la hija de Echeolatz, este borramiento no es solo simbólico, sino legal: su nombre por elección propia es Mariana Dopazo.

⁸ Nos parece oportuno señalar que el falo, tal como lo reinterpreta Lacan, es el significante de la falta, de la carencia o del deseo, no un sinónimo literal del pene masculino. Es preciso indicar que si el falo es un significante, el sujeto no podrá tener acceso a él sino a través del Otro. Aquí es importante tener en cuenta que el significante fálico -significante de la falta y del deseo- al provenir del Otro, marca a ese Otro como sujeto a la falta y al deseo. El significante fálico es la marca del deseo. Que el Otro desee (cualquier cosa, no importa aquí más que la función de desear) supone su incompletud, su limitación, la pérdida de su omnipotencia, en definitiva su castración. (Cfr. Lacan, Jacques (1957) *Seminario 5, Las formaciones del inconsciente*).

la mujer en un despertar de la conciencia. Por eso no es casual.

Como dice María Galindo: “no hay nada más parecido a un machista de derecha que un machista de izquierda”. Hay una connivencia de macho. Aunque mis hermanos condenen a ese padre genocida, hay algo que se juega culturalmente en la complicidad de machos que han mamado. Y no pueden salir del estigma de la traición, que nosotras nos lo terminamos pasando por el culo, porque nos damos cuenta de que es una trampa. Pero el varón no puede⁹.

Como en el caso de la Antígona clásica, las mujeres de “Historias desobedientes” eligen desobedecer la ley de ese padre-Creonte, ley que le impide enterrar el cuerpo de su hermano. Porque también en este caso, la ley del Estado es la que deja insepultos los cuerpos de los desaparecidos con los que estas mujeres eligen hermanarse. Y el Estado está representado por el poder aplastante y cruento de los genocidas. Estas nuevas Antígonas son las que desobedecen en el mismo gesto a sus padres y a la represión del Estado. Son, simbólicamente, parricidas.

Excluidas, en muchos casos, del entorno familiar, renuncian a la filiación como un gesto político de restitución de la justicia y de la búsqueda de la propia identidad. Como señala Analía Kalinek:

¿Vieron que hay casos de chicos apropiados que hubiesen preferido no enterarse nunca o que se han negado a hacerse el examen de ADN? Bueno, que haya pasado todo esto también es parte de mi historia, porque si no, yo vivía como en un mundo de fantasía, mi viejo no era el viejo, la persona que yo creía conocer. Y conocerlo a él es conocer mi historia también (...) Por eso todo esto también tiene que ver con mi identidad, con quién soy yo. (...)

⁹ Entrevista a Liliana Furió: “Me llevó muchos años enfrentarme con el monstruo del pasado”, Revista digital *El Otro*, Mendoza, 19 de julio de 2017. En línea: <http://www.elotro.com.ar/llevo-muchos-anos-enfrentarme-con-el-monstruo-del-pasado/>

La reapertura de los juicios habilita una especie de canalizador, de reparación desde lo simbólico. Poder decir ‘sí, pasó esto, hablemos de esto, ellos son los responsables y éstas son las consecuencias’, eso es más sano que el silencio. (En Arenes, Pikielny, 2016: 147)

Romper el silencio, portar la palabra, implica un riesgo. Y es, como decíamos, un gesto político: ir contra el poderoso, el padre, y hacerlo siendo mujer.

3. La parresiastas

Según Michel Foucault, en *Discurso y verdad en la Antigua Grecia*, “*parresía* es traducida normalmente por ‘franqueza’”. En este sentido, el parresiasta es alguien que utiliza la parresía, es decir, alguien que dice la verdad, evitando cualquier forma de retórica¹⁰ que pudiera velar lo que piensa. Y aclara:

(...) el compromiso implicado en la *parresía* está vinculado a cierta situación social, a una diferencia de estatus entre el hablante y su auditorio, al hecho de que el *parresiastés* dice algo que es peligroso para él mismo, y que comporta, de este modo, un riesgo. (...) El hecho de que un hablante diga algo peligroso, diferente de lo que cree la mayoría, es una fuerte indicación de que es un *parresiastés*. (Cfr.Foucault, 2004:38-41)

Es en este sentido que entendemos a las integrantes del colectivo “Historias desobedientes” como parresiastas: aquellas que se atreven a decir la verdad en un entorno (las fuerzas represivas como institución) que han suscripto tácitamente un pacto de silencio.

¹⁰ Aclara Foucault: “Mientras que la retórica proporciona al hablante recursos técnicos que le ayudan a prevalecer sobre las opiniones de su auditorio (...) en la *parresía*, el *parresiastés* actúa sobre la opinión de los demás mostrándoles, tan directamente como sea posible, lo que él cree realmente” (Cfr. Foucault, 2004: 37-38)

Como sabemos, los genocidas que aún viven, salvo casos aislados¹¹, se niegan sistemáticamente a confesar dónde están enterrados los cuerpos de los desaparecidos, y relativizan el número de los 30000. Las “desobedientes”, no solo repudian a sus padres como forma de restitución de su propia identidad, a través de géneros diversos (la carta íntima a los padres, a las madres/cómplices o negadoras, los comunicados, las entrevistas), sino que intentan “develar” los datos que ocultan sus padres:

Como muchos, fuiste parte de una institución que alentó y promovió lo peor del ser humano. Y te metieron odio contra personas que pensaban diferente. Y te explicaron que era necesario exterminarlos. Y te lo creíste. Y te dejaste alentar y actuaste en consecuencia. Por eso te cuestiono. Y esa institución respondiendo no me importa a qué intereses sacó lo peor de vos y te felicitó por eso. Es la misma institución que hoy en día sigue inculcando odio y falta de raciocinio en sus cadetes. Es la misma que fomenta tu silencio. El silencio que te está condenando. Y te llaman traidor si hablas. Y vos no hablás. Por eso te cuestiono, porque entiendo que decir la verdad no es traición, que decir la verdad es lo justo, que decir la verdad implica sinceridad y que, en tu caso decir la verdad implica arrepentimiento. Hoy elevan tu causa a juicio oral, seguís pensando que es injusto. Que no hay elementos para juzgarte y mucho menos para condenarte. Hoy, después de 28 años te puedo mirar a los ojos y con el corazón en la mano decir que sí hay elementos para condenarte, que aunque vos no lo consideres así gran parte de la sociedad pensamos diferente.

Te invito a sincerarte, a que permitas cuestionarte. Te invito a ponerle el pecho a tu propia historia. Sin picanas ni submarino.

¹¹ Por ejemplo, en 1995, Scilingo se presenta en un programa confesando (favorecido por la “ley del arrepentido”) su participación en los vuelos de la muerte.

Cada uno de nosotros somos responsables de nuestras propias acciones. Ojalá algún día puedas reconocerte responsable¹².

Frente a una institución que se rige por la subordinación y la “camaradería” de la familia militar, la palabra “franca” es peligrosa. Implica, en algunos casos, el exilio del propio nombre y de los lazos familiares. Por supuesto, no soslayamos que “decir la verdad” no es, en el caso de las hijas de genocidas, un riesgo de muerte como sí lo era para las víctimas del terrorismo de estado. Aun así, esa “verdad” negada por la familia y por la institución militar, conlleva una *parresía*: la de estar en contra de la verdad consensuada por los allegados (algunos hijos de represores, incluso, son abogados de sus propios padres en los juicios contra crímenes de lesa humanidad), la de exponerla públicamente y la de hablar siendo mujer, en una comunidad cerrada y fuertemente patriarcal¹³.

4. Nuevas memorias, nuevas palabras.

En la *Antígona* de Sófocles, el personaje de Ismene responde así a su hermana que quiere desobedecer las órdenes de Creonte:

-(...). Y ahora que solas nosotras dos quedamos, piensa qué ignomioso fin tendremos si violamos lo prescrito y trasgredimos la voluntad o el poder de los que mandan. No, hay que aceptar los hechos: que somos dos mujeres incapaces de luchar contra los hombres. Y que tienen el poder, los que dan las órdenes y hay que obedecerlas – éstas y todavía otras más dolorosas.

¹² “Carta abierta a un represor” escrita por Analía Kalinec, el 30 de junio de 2008 y publicada en “Historias desobedientes y con faltas de ortografía” el 31 de julio de 2016. En línea: <https://www.facebook.com/historiasdesobedientes/posts/1140049819384950>

¹³ La familia militar responde no solo a la institución de las fuerzas armadas, sino que tiene una fuerte impronta católica. Analía Kalinec cuenta en *Hijos de los 70. Historias de la generación que heredó la tragedia argentina*, que su padre le había preguntado al ex capellán de policía von Wernich, condenado en 2007 a prisión perpetua por su participación en 7 homicidios, 42 secuestros y 31 casos de tortura, si lo que hacían (las fuerzas armadas) estaba mal y que el cura había respondido: “Hijo, ustedes están luchando contra el anticristo” (En Arenes, Pikielny, 2016: 149).

Obedecer es el mandato. No puede irse contra la ley -aunque esa ley sea un pacto de silencio que implique la injusticia indefinida- ni luchar contra el Nombre del Padre. Antígona desobedece y reclama por el cuerpo insepulto de su hermano. Pero ¿qué hermanos eligen estas nuevas Antígonas?, ¿A qué filiación renuncian en nombre de la justicia?

Estas hijas desobedientes también desacatan los mandatos: los familiares, los de la institución bajo la cual sus padres cometieron crímenes y vejaciones, los de su condición de mujeres “sin poder”.

Parricidas por abjurar de sus padres y delinear como pueden, sus propias identidades, parresiastas por decir sus verdades a riesgo de ser exiliadas por sus seres queridos, las “Historias desobedientes y con faltas de ortografía” emergen como un colectivo que permiten visibilizar nuevos actores sociales en el lento proceso de recuperación del pasado.

La memoria, ese rompecabezas nunca definitivo, siempre cambiante, arma de la vida y de la historia.

Bibliografía

- Arán, Pampa (2010). *Interpelaciones: hacia una teoría crítica de las escrituras sobre la dictadura y la memoria*. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados.
- Arenes, Pikyielny (2016). *Hijos de los 70. Historias de la generación que heredó la tragedia argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Foucault, Michel (2004). *Discurso y verdad en la Antigua Grecia*. Buenos Aires: Paidós.
- Jelin, Elizabeth (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rancière, Jacques (2009). *El reparto de lo sensible*. Santiago: LOM.
- Schwarzböck, Silvia (2015) *Los Espantos. Estética y postdictadura*: Editorial Cuarenta ríos

En línea:

“Historias desobedientes y con faltas de ortografía”

<https://www.facebook.com/historiasdesobedientes/posts/1519379434785318>

“Me llevó muchos años enfrentarme con el monstruo del pasado”, Revista digital *El Otro*, Mendoza, 19 de julio de 2017. En línea: <http://www.elotro.com.ar/llevo-muchos-anos-enfrentarme-con-el-monstruo-del-pasado/>